

## Capítulo uno

Ana estaba en el aeropuerto. Miró alrededor. No lo podía creer. Estaba en España. Estaba en la tierra del flamenco y de los toros, Picasso, Cervantes y Hemingway. Estaba muy emocionada de estar en España. Iba a vivir en Sevilla por unos seis meses. Todo era muy emocionante.

Ana salió del avión en el aeropuerto de Sevilla. Había tanta gente. Era como el aeropuerto de Los Angeles. Gente por todas partes, gente de varias razas. La mayoría de la gente en el aeropuerto de Sevilla tenía el pelo negro y ojos castaños o negros. La mayoría llevaba ropa de colores brillantes. Ana vio a algunos americanos que estaban en el avión con ella. Le parecía que ellos no sabían adónde ir. Tenían cara de turistas. Ana parecía impaciente, miraba su reloj y veía por todos lados. ¿Dónde estaría su familia nueva? La familia de Marco iba a es-

—Eso es maravilloso porque los boletos de la sombra son más caros —le explicó Carmen a Ana—. ¿Quién es el matador?

—¡El matador es Juan Cortez! —les dijo Pedro. Lo dijo de la manera de que un americano diría “Tiger Woods”.

—Por eso papá nos compró boletos de sombra —le dijo Carmen—. Juan Cortez es el mejor matador en España. Probablemente es el mejor matador del mundo.

—Hay personas que dicen que él es el próximo Joselito —les dijo Pedro—. ¿Pueden creer que vamos a ver al próximo Joselito?

Carmen y Pedro estaban muy emocionados. Ana no estaba nada emocionada. De ninguna manera. No entendía por qué estaban emocionados los otros. Ella no comprendía lo que estaban diciendo.

Comprendía que un matador luchaba contra el toro pero no sabía quién era Joselito. No sabía nada de las corridas. No quería saber nada de los toros. A ella le parecía horrible la idea de matar un toro. ¿Por qué querían matar a los toros?

—¿Estás emocionada? —le preguntó Carmen—. ¿Es tu primera corrida de toros?

—Sí —le dijo Ana.

—¿Nunca has ido a una corrida de toros? —le preguntó Pedro.

Pedro estaba sorprendido. Le dijo:

—No lo puedo creer. ¿Por qué no has visto una corrida de toros?

—No hay corridas de toros en los Estados Unidos —le dijo Ana.

Ana quería decir también que no tenemos corridas de toros porque vivimos en una nación civilizada pero no lo dijo porque no quería que se enojaran Carmen y Pedro.

—No lo entiendo. ¿Por qué no hay corridas de toros en los Estados Unidos? Me encanta ver los toros. Yo quiero ser torero. Quiero ser el próximo Joselito.

—¿Quién es Joselito? —le preguntó Ana.

—¿Quién es Joselito? ¡¿No sabes?! Joselito es el mejor matador en la historia del mundo —le contestó Pedro. Pedro comenzó a bailar por la cocina.

Ana oyó la voz de alguien. Se acercó a Ana y le dijo:

—¿Cómo es que una gringa tan bonita como tú pasa tanto tiempo estudiando?

—Ana se dio vuelta y vio a Julio Barquero. El sonrió. Su sonrisa era muy grande. Sus dientes parecían muy grandes y bonitos. Sus ojos azules eran hermosos. Eran tan diferentes a los ojos de los otros compañeros de la escuela.

—Hola, Julio —le dijo Ana—. Estoy estudiando para un examen de historia.

—Historia —le dijo Julio—. Qué clase tan fácil.

—Puede ser fácil para ti —le dijo Ana— pero no es fácil para mí. Yo nací en los Estados Unidos. No soy de aquí. ¿Te gustaría tomar un examen sobre la historia de los Estados Unidos? —le dijo en una voz de bromeo.

Julio rió.

—Conozco a unos presidentes tuyos: Washington, Lincoln, Clinton.

—Ellos son muy famosos —le dijo Ana.

Me gusta los Estados Unidos —le dijo Julio—. ¿Es verdad que todos en los Estados Unidos tienen un coche grande y mucho dinero?

—No, no todos —le dijo Ana.

—Quiero conocer América algún día —le dijo Julio— porque hay muchas mujeres bonitas allí.

La cara de Ana se puso roja.

—Ana, ¿quieres salir conmigo? —le dijo Julio—. ¿Quieres ir a un partido de fútbol?

—Sí —le dijo Ana—. Quiero ver un partido de fútbol.

Ana nunca había visto un partido de fútbol con la excepción de los de su hermanito y esos no contaban.

—FC Sevilla va a jugar este domingo que viene —le dijo Julio—. ¿Quieres ir?

—Sí —le contestó Ana.

Ana estaba muy emocionada pero no quería demostrarle su emoción a Julio.

—Hasta el domingo, ¿vale?— le preguntó Julio.

—Vale— le respondió Ana.